

Investigar y deconstruir el estigma en barrios marginales. Un estudio de caso

(Researching and deconstructing stigma in marginal neighbourhoods. A case study)

Campo Tejedor, Alberto del

Univ. Pablo de Olavide. Dpto. de Trabajo Social y Ciencias Sociales.
Carretera de Utrera, Km. 1. 41013 Sevilla

BIBLID [1137-439X (2003), 24; 803-817]

Recep.: 26.06.02

Acep.: 19.08.02

El presente artículo se centra en una investigación socioantropológica en un barrio de Dos Hermanas (Sevilla), dentro del cual analizamos un proceso de estigmatización de un espacio y sus habitantes calificados de marginales, así como los resultados después de aplicar un modelo de intervención tendente a deconstruir dicho estigma. Como lectura o interpretación sobre una realidad que etiqueta a un colectivo y su espacio degradándolo como anormal, el estigma puede, debe ser, y es aquí estudiado y combatido para despejar, como en el caso que se analiza, uno de los principales obstáculos que impide la integración de comunidades que viven al margen de la cotidianeidad que consideramos normalizada, no tanto, o no sólo, por carencias socioeconómicas, sino por el lastre de portar una imagen devaluadora que les hace diferentes a los ojos de los demás.

Palabras Clave: Barrios marginales. Proceso de estigmatización. Intervención social. Deconstrucción del estigma.

Artikulu honek Dos Hermanasko (Sevilla) auzo baten ikerketa sozioantropologikoari ekiten dio. Espazio baten eta marginaltza hartzen diren tokiko biztanleen estigmatizazio prozesua aztertzen dugu lan honetan; halaber, estigma hori desagitera zuzenduriko eredu parte hartzaile bat aplikatu ondoko emaitzak aurkezten ditugu. Estigma, talde bat eta dagokion espazioa degradatuz anormaltza jotzen dituen errealitate baten irakurketa edo interpretazio gisa harturik, aztertzen da hemen eta aurre egiten zaio, komunitateen integrazioa oztopatzen duen traba nagusietako bat baztertzearren. Izan ere, halako komunitateak normalizatutza jotzen dugun egunerokotasunetik at bizi dira, ez hainbeste, edo ez bakarrik, gabezia sozioekonomikoengatik, baizik eta gainerakoen begietan desberdin egiten dituzten irudi devaluatua daramatelako itsatsirik.

Giltza-hitzak: Auzo marginalak. Estigmatizazio prozesua. gizarte Gizarte parte hartzea. Estigma desagitea.

Cet article est axé sur une recherche socioanthropologique dans un quartier de Dos Hermanas (Séville), dans lequel nous analysons un processus de stigmatisation d'un espace et dont les habitants sont qualifiés de marginaux, ainsi que des résultats après application d'un modèle d'intervention tendant à déconstruire ce stigmat. Comme lecture ou interprétation sur une réalité qui met une étiquette sur une collectivité et son espace en le qualifiant d'anormal, le stigmate peut, doit être, et il est étudié et combattu pour éliminer, comme dans le cas qui est analysé ici, l'un des principaux obstacles qui gêne l'intégration de communautés qui vivent en marge de la quotidienneté que nous considérons normalisée, pas tellement, ou pas seulement, pour les carences socio-économiques, mais pour le fardeau de porter une image dévalorisante qui les rend différents aux yeux des autres.

Mots Clés: Quartiers marginaux. Processus de stigmatisation. Intervention sociale. Déconstruction du stigmate.

INTRODUCCIÓN

Cada sociedad se dota en cada momento histórico de una serie de normas y prácticas sociales dominantes que regulan los más variados aspectos de la cotidianidad. El conjunto de estos rasgos socioculturales que define el estado normalizado de la ciudadanía es a la vez interiorizado y recreado por aquellos miembros de la sociedad que lo incorporan en su *modus vivendi* cotidiano. Paralelamente coexisten otros grupos que, de manera puntual o permanente, se sitúan fuera o al margen del sistema social de prácticas y valores hegemónicos. Las causas explicativas variarán según cada caso, pero en términos generales se puede afirmar, como hacen autores como D. Juliano (1981), que “están integrados en la sociedad aquellos miembros que comparten las expectativas y las pautas de valores generalizadas en el grupo, y están marginados aquellos que, ya sea por su falta de incorporación al sistema productivo, por dificultades de endoculturación y por asimilar y/o plantear pautas de valores y acciones sociales diferentes a las del grupo mayor, no pueden, no quieren o no se les permite participar en un determinado tipo de actividades del grupo: las actividades integradoras”. La imposibilidad de participar en la cotidianidad integradora o normalizada no siempre es el resultado directo de carencias económicas y materiales, ni siquiera de la asunción de un sistema de valores o pautas de comportamiento diferenciado, sino que representa a veces el estado final de un proceso de alejamiento físico y mental entre los grupos hegemónicos normalizados y aquellos que portan un estigma que les etiqueta como problemáticos, marginales, inadaptados, excluidos, hasta el punto de constituir su principal referente identitario.

Estas etiquetas expresan una situación diferenciada y relacional con respecto a su contexto opuesto, el *normalizado*, desde el que se imponen dichos calificativos. En este sentido, independientemente de los problemas que arrastre cada grupo humano calificado de marginal, su situación se percibe como una anomalía de la cual se desprende la inadaptación y desarticulación con el entorno en el que se inserta. Los distintos elementos que se imbrican en cada contexto para configurar esa diferenciación con respecto al resto de la sociedad, tendrán su base en factores como los históricos, geográficos, demográficos, infraestructurales, laborales, sociales, económicos, culturales, y serán rastreables en comportamientos, actitudes, y valores concretos. Pero lo que los sociólogos y antropólogos llamamos *desviación* no puede interpretarse sólo como una serie de características individuales o grupales, ni siquiera sólo en términos de carencias, déficits o problemas, sino como un proceso de interacción entre los *desviados* y los *no desviados*, en virtud del cual unos clasifican y etiquetan a otros en cuanto que creen que se apartan del patrón esperado socialmente. La impugnación de determinados grupos o individuos como marginales, problemáticos o desviados no está motivada sólo por lo que éstos hagan o dejen de hacer, sino también por la mirada social que excluye de las propias fronteras culturales y simbólicas a todos aquellos que son vistos como extraños. El conjunto de estas interacciones entre *desviados* y *no desviados*, entre *marginales* y *normales*, *excluidos* e *integrados*, construye un estigma, a través del cual estos colectivos periféricos son percibidos como anómalos (estigmatización primaria), a la vez

que esos mismos grupos aceptan o rechazan esta etiqueta (estigmatización secundaria).

Dicho de otra manera: los individuos se imbrican en el entramado social condicionados por factores como el género, la edad, el nivel educativo, las relaciones técnicas de producción, el medio ambiente, etc., pero éstos no determinan a los individuos de una manera mecánica. Los procesos de identificación colectiva, entendidos como una *lectura compartida* de esa realidad, influyen en las acciones, actitudes y valores de los grupos. Lo que diferencia al *nosotros* (los integrados, los normales) del *ellos* (los desviados, los marginales) no está determinado sólo por las condiciones socioeconómicas, sino también por la lectura que *nosotros* hagamos de *ellos*, y la que *ellos* hagan de sí mismos y de *nosotros*.

El estigma pues no es sino el resultado de estos procesos de identificación e interacción, de producción de significados en virtud de los cuales una interpretación sobre la realidad es construida, reproducida y asumida tanto por los agentes externos como por los propios sujetos estigmatizados. A menudo, el estigma supone un obstáculo añadido a las carencias socioeconómicas de estos colectivos, lo que les imposibilita para la plena integración y habilitación en la sociedad local y global en que se insertan. Comprender cómo surgen, se desarrollan y consolidan estos procesos de estigmatización, es una tarea clave para poner en práctica políticas de intervención social que superen el mero asistencialismo. Con frecuencia los diagnósticos sociales en zonas desfavorecidas pasan por alto los factores ideológicos y culturales, y se vuelcan en la descripción de las deficiencias infraestructurales. Hemos visto cómo algunos planes de intervención social fracasaban, incapaces de superar la estigmatización que sufrían los contextos intervenidos. Trabajadores sociales, sociólogos, antropólogos, psicólogos, etc. han de trabajar juntos con los vecinos de estas zonas marginadas para proponer un modelo de intervención integral tendente a deconstruir el estigma de estos grupos como paso esencial y paralelo para su desarrollo socioeconómico y su paulatina integración en la sociedad. Exponemos a continuación una experiencia de investigación e intervención en el barrio de Los Potros, una zona estigmatizada en la localidad sevillana de Dos Hermanas, a pocos kilómetros de Sevilla.

EL ESTIGMA DE UN BARRIO

Durante los meses de octubre de 1999 a mayo de 2000 un grupo de antropólogos, sociólogos y trabajadores sociales participamos en el Proyecto “Plan de Transformación Social de Zonas y Barriadas Especialmente Deprimidas de la Corona Metropolitana de Sevilla”, desarrollado en virtud de un Convenio firmado entre la Universidad Pablo de Olavide y la Diputación de Sevilla. *Grosso modo* lo que se nos solicitaba era un diagnóstico social y un modelo de intervención en diecisiete barrios de otros tantos municipios que cada Administración local elegía como preferente para actuar en ella. En nuestro caso realizamos un trabajo de campo intensivo durante siete meses en el barrio de Los Potros en la locali-

dad de Dos Hermanas, que recientemente ha superado ya los 100.000 habitantes. Desde entonces nos hemos involucrado en el barrio, con mayor o menor intensidad según los momentos, pero siguiendo la dinámica de estudio, intervención y resultados.

El barrio de Los Potros fue construido en 1979 en 23 bloques de tres plantas, en cuyas viviendas habitan unos 940 vecinos, trabajadores de la construcción y amas de casa en su mayoría, con un nivel de bienestar análogos a otros barrios populares y obreros de la ciudad. En el centro del barrio se encuentra una pequeña plazuela ajardinada con un núcleo de trece locales comerciales, en los cuales se ubican tres bares, tres pequeñas tiendas de ultramarinos, un minúsculo puesto de chucherías, y el local de la asociación de vecinos. Ni el espacio, ni la sociabilidad y el *modus vivendi* de sus vecinos, desprendían las características con las que habitualmente se asocian los estados de marginación. Sin embargo, los servicios sociales del Ayuntamiento habían elegido este barrio para actuar preferentemente, y pronto vimos que la sociedad local en su conjunto consideraba este lugar como una zona degradada y conflictiva, que justificaba *per se* nuestra intervención. En diametral oposición, los propios vecinos de Los Potros describían su barrio en términos de normalidad, consideraban que habían superado hacía al menos una década su estado de precariedad, y en ningún caso se identificaban con las etiquetas de marginal, conflictivo y problemático, con las que eran conscientes se les calificaba desde fuera.

El caso de Los Potros resultó paradigmático para mostrar la coexistencia en un mismo contexto –Dos Hermanas– de opiniones y discursos antagónicos entre los habitantes del barrio de Los Potros y los que se sitúan al margen–físico, ideológico, mental– del mismo. Desde nuestras primeras entrevistas comprobamos una marcada diferencia entre la imagen que los propios vecinos residentes tenían de su barrio, y las que mantenía el resto de ciudadanos de Dos Hermanas. La percepción de los nazarenos –gentilicio de los habitantes de Dos Hermanas– era en términos generales tan peyorativa como estereotipada y tópica. Algunos de los calificativos con que describían Los Potros y sus habitantes incluían los términos de “conflictivos”, “marginales”, “diferentes”, “inadaptados”, “deprimidos”, “pobres”, “chorizos”, “drogatas”, “maleantes”, “portugueses” o incluso “potreos”. Paralelamente observamos un notable desconocimiento de la situación real del barrio, especialmente de las circunstancias socioeconómicas y culturales de sus habitantes. Si negativa era la imagen que gran parte de la comunidad nazarena tenía de Los Potros, tanto más tópica y estereotipada era esta construcción discursiva, pues no obedecía generalmente a un conocimiento real de la zona, fruto de contactos con sus residentes, ni siquiera de esporádicas estancias en el barrio. El trabajo de campo demostró pronto que a menor conocimiento y contacto con el barrio, más estigmatizante era la imagen que se tenía de esta zona. Similar relación observamos con la variable distancia: a mayor lejanía física con respecto a Los Potros, más estereotipada y negativa era la opinión de los informantes. Pudimos establecer pues un *continuum* discursivo, cuyos dos polos vendrían configurados por los habitantes del barrio y, por otra parte, los que no mantienen el mínimo contacto con Los Potros, viven lejos de esa zona, e incluso, nunca la han visitado. Ambos polos mantenían una concepción

antagónica del barrio. El discurso dominante entre los vecinos de Los Potros describía a su barrio como “un barrio obrero, de trabajadores, normal”, en donde se vivía placenteramente desde la erradicación de la conflictividad social hacía al menos diez años, y en la que ahora sólo un reducido núcleo de familias –que la mayoría reducía aún más a dos– sería representativo de las características a las que tradicionalmente se asocian los estados de marginalidad, pobreza, conflicto social y exclusión. Por el contrario, la mayor parte del resto de población en Dos Hermanas, especialmente los que vivían lejos física y mentalmente de Los Potros, mantenía la tesis opuesta: esos elementos calificados de marginales y conflictivos no serían residuos de épocas pasadas, ni excepciones sino, antes bien, características definitorias del barrio. A excepción de aquellas personas que conocían el barrio directamente –algunos técnicos y políticos, algunos vecinos de barrios cercanos, familiares y amigos de los propios residentes de Los Potros, y algunos estudiosos locales–, el resto de la sociedad nazarena consideraba la zona degradada, marginal, conflictiva y problemática. Para los vecinos de Los Potros sólo podía entenderse su barrio como “problemático” en el sentido de que existían algunos problemas, que la mayoría de los vecinos reducía a dos: deficiencias estructurales en las viviendas fruto de la construcción en suelos arcillosos inestables, lo que provoca goteras y grietas continuas, y en segundo lugar, la situación de drogodependencia y tráfico de estupefacientes a pequeña escala de dos familias, las cuales habían protagonizado en el pasado no pocos incidentes como robos y destrozos del mobiliario urbano. Para el resto de Dos Hermanas, sin embargo, Los Potros no “sólo tiene algunos problemillas”, como dicen los propios vecinos de este barrio, sino que Los Potros, considerado globalmente, es el problema. Los Potros, junto con otros dos barrios marginales y estigmatizados de Dos Hermanas, representan los “puntos negros”, “la chusma con la que habría que acabar”, para utilizar términos utilizados por nuestros propios informantes.

Mientras que los problemas derivados de una deficiente construcción de los bloques de pisos y el reducido foco de venta de droga y delincuencia, aglutinaban los quebraderos de cabeza para los vecinos de Los Potros, el resto de la población de la ciudad, con poquísimas excepciones, seguía viendo en Los Potros un barrio asolado por traficantes y delincuentes comunes, de drogadictos y ladrones, un barrio típicamente marginal. “*Los Potros es un barrio normal*”, dicen sus vecinos, “*salvo un par de problemillas aquí se vive muy bien*”. “*Los Potros es uno de los sitios más problemáticos y conflictivos de Dos Hermanas*”, alegaba el resto de los ciudadanos, “*allí no me voy ni aunque me regalen el piso*”.

La coexistencia de dos discursos antagónicos sobre un mismo espacio, simplificados en la idea de *normalidad* desde el punto de vista de los residentes en este barrio, y en el concepto-paraguas de *marginalidad*, desde la visión del resto de la sociedad local, nos hizo comprender la importancia de focalizar nuestro estudio sobre las razones de la construcción de ese estigma, con vistas a proponer a la Administración, la sociedad local y a los propios vecinos del barrio, un modelo de intervención que pudiera deconstruir paulatinamente una imagen devaluadora que estereotipaba y degradaba la realidad del barrio. Desde las

investigaciones realizados por algunos antropólogos y sociólogos norteamericanos de la llamada *Escuela de Interaccionismo Simbólico*, sabemos que el estigma se construye atendiendo no sólo a factores objetivables sino fundamentalmente mediante la elaboración de constructos mentales e imágenes colectivas que excluyen de las propias fronteras culturales y simbólicas a todos aquellos que son vistos como extraños. Es esta imagen social, explicitada a través de discursos y elaborada a lo largo del tiempo, la que a veces asigna el lugar de la sociedad en que situamos a los que viven en un determinado barrio. La imagen social negativa, “la mala fama”, como dicen por aquí, se confunde y sustituye a la realidad, sobre todo cuando el conocimiento que tenemos de ella no es fruto de nuestra propia experiencia y observación.

Las causas de la estigmatización son siempre complejas, pues como proceso social se dan en ella un sinfín de factores históricos, económicos, políticos, individuales, etc., cuyo análisis nos proporciona las claves para comprender “la identidad deteriorada” –en palabras de Goffman (1989)– que sufren los vecinos de un barrio como Los Potros calificado de “marginal”. Después de siete meses de trabajo con entrevistas, grupos de discusión, rastreo documental y bibliográfico, y un trabajo de campo intensivo y absorbente dentro y fuera del barrio, pudimos detectar una serie de factores que explicaban el proceso de estigmatización del barrio desde fuera, y que resumimos a continuación:

1. Los habitantes de Los Potros provenían de dos asentamientos chabolistas o de infraviviendas, la llamada *Vereda del Garaje* y el *barrio de San José*, cuyos habitantes arrastraban ya en el pueblo la calificación de marginales. De hecho, Los Potros se construyó para erradicar las últimas chabolas del pueblo, sobre las que circulaban toda una serie de fábulas y chistes que protagonizaban supuestos arrieros que vivían con sus burros, jornaleros que plantaban lechugas en la bañera, y otros tópicos aún más descabellados. A pesar de que la situación socioeconómica de los actuales habitantes de Los Potros nada tenía que ver con la precariedad y miseria de las chabolas de los años 70, la mayoría de los habitantes de Dos Hermanas seguía identificando a los vecinos de Los Potros como “los chabolistas”.

2. La propia ubicación física del barrio contribuyó enormemente a la estigmatización, ya los bloques de edificios se construyeron en la misma zona, donde antiguamente se agolpaban los chabolistas de la *Vereda del Garaje*. El espacio, además, estaba connotado despectivamente, por cuanto se situaba a las afueras del pueblo, separado física y simbólicamente por la vía del tren que ha ejercido en Dos Hermanas hasta época reciente como frontera entre el centro residencial de la localidad –“nosotros”, “los normales”– y los asentamientos periféricos ocupados históricamente por fábricas, emigrantes que llegaron a Dos Hermanas a partir de la segunda mitad del siglo XX, y sólo posteriormente por una población de pocos recursos económicos –“ellos”, “los marginales”–. A pesar de que hoy en día el espacio ha sido ocupado ya por residencias de clase media y el carácter industrial ya ha desaparecido casi por completo, aún pervive en la mente de los nazarenos la idea de que Los Potros está situado en la periferia de la ciudad, detrás de la vía del tren, un lugar degradado de fábricas y chabolas.

3. Las deficiencias urbanísticas del barrio desde sus inicios, así como el abandono de la Administración y de los propios vecinos, contribuyó a recrear la imagen de zona deteriorada y degradada. Desde su construcción en 1979, el barrio sufrió grietas en los bloques, desconchados en las paredes, irregularidad del pavimentado, y la propia inoperancia en el mantenimiento hizo habitual la imagen de jardines llenos de maleza y escombros, farolas sin luz, basuras apiladas en los límites del barrio, pintadas en las paredes, etc..., lo que convirtió a Los Potros en un lugar desapacible, tanto para sus residentes como para aquellos ciudadanos que transitaban por las calles limítrofes. A pesar de que la situación de abandono institucional y vecinal acabó durante la década de los 90, la imagen que proyectó el barrio hasta entonces quedó grabada en los habitantes de Dos Hermanas, que en nuestra estancia allí describían el barrio tal y como había estado en su momento de mayor dejación.

4. Dado el abandono progresivo del barrio, así como la degradación paulatina de unos bloques mal asentados, en donde las grietas y goteras eran cada vez más abundantes, muchos de los antiguos propietarios fueron vendiendo los pisos. Naturalmente sólo familias con baja capacidad adquisitiva estaban dispuestas a habitar viviendas con problemas estructurales y en un barrio que la sociedad local consideraba marginal y problemático. La población nueva de Los Potros, es decir, los que no procedían originariamente de los dos asentamientos chabolistas, eran en su mayoría obreros de la construcción, con poca o nula formación escolar, escasa estabilidad laboral, y una gran dependencia de la economía sumergida y de las ayudas de la Administración Pública. Las mujeres eran en su gran mayoría amas de casa, aunque algunas se ocupaban como empleada del hogar, limpiadora en el ayuntamiento o camarera. Para la sociedad local, la nueva población de residentes en este barrio, no difería de la de los chabolistas, por lo que la imagen de población marginal no se alteró sustancialmente con la llegada de estos nuevos residentes.

5. Durante los años 80 hasta principios de los 90 se asentaron en el barrio algunas familias traficantes de droga a pequeña escala. Los vecinos de las zonas cercanas denunciaban reiteradamente la presencia de toxicómanos y sufrían robos en coches y viviendas. Algunas cadenas de reparto de comida a domicilio fueron asaltadas cuando iban a llevar el pedido. Los taxistas se negaban a acudir al barrio. Durante años, una moto o un coche robado en cualquier sitio de Dos Hermanas se buscaba en Los Potros. Por fortuna, aquella época se superó en parte por la propia acción de los vecinos de Los Potros, quienes llegaron a organizar patrullas vecinales, hasta reducir el núcleo de venta de droga a dos familias, que se hallan relativamente integradas en el barrio. A pesar de ello, la mayoría de las personas entrevistadas en Dos Hermanas seguían pensando que Los Potros era el cobijo de los mayores delincuentes de la ciudad, lo que se comprobó existir sólo en los estereotipos de las visiones más estigmatizadoras.

6. Durante la década de los 80, coincidiendo con el auge de la venta de droga y la movilización de los vecinos, el barrio estuvo salpicado por algunos acontecimientos dramáticos puntuales que llegaron de manera sensacionalista a la

opinión pública, fundamentalmente un asesinato cometido en la puerta del local de la asociación de vecinos y la organización de patrullas vecinales para combatir la venta de drogas. Los medios de comunicación locales se hicieron eco de éstos y otros sucesos en su momento, creando a veces la imagen de una “ciudad sin ley”, como la definió un medio de información hace años. Acabados estos sucesos escandalosos a principios de los 90, Los Potros dejó de aparecer en los diarios, pero la población de Dos Hermanas siguió reproduciendo en sus discursos la imagen que los medios habían potenciado durante la década de los 80.

7. La asociación de vecinos de Los Potros ha sido desde su creación un factor decisivo de reivindicación y canalización de las protestas vecinales. De forma festiva –a través, por ejemplo, de una carroza de carnaval en la que se escenificaban los bloques agrietados y a punto de derrumbarse–, o bien de forma movilizadora clásica, repartiendo octavillas en el pueblo o manifestándose delante del Ayuntamiento por el abandono institucional del barrio, la actividad y el empeño de la asociación de vecinos ha trasladado los problemas del barrio a los poderes públicos locales y regionales, instituciones privadas, medios de información e incluso a la opinión pública local. En esta actividad de denuncia y reivindicación, la imagen que han proyectado los propios vecinos del barrio ha estado teñida a menudo de dramatismo, especialmente en cuanto a los problemas de viviendas y de venta de droga. Gracias a estas acciones se aumentó en su día la vigilancia policial, se arreglaron muchas de las deficiencias urbanísticas y el mantenimiento del barrio fue recepcionado por el propio Ayuntamiento. Hoy, constreñido el problema de la venta de drogas a dos familias y resueltos parcialmente los problemas de vivienda, pervive aún la imagen de Los Potros que los propios vecinos presentaron a la opinión pública en una época en que temían por la integridad física y social de su barrio. Como efecto perverso y contraproducente, los vecinos tienen ahora que cargar con el estigma de “barrio conflictivo y marginal”, mucho después de vivir y combatir esos problemas que ahora –generalizados, simplificados e incluso, aumentados–, son los mejores ingredientes para conformar una visión negativa de la zona.

8. Sabido es que una deficiente información, fruto del escaso o nulo contacto con la realidad, es el mejor caldo de cultivo para que se desarrollen los más arraigados estereotipos y tópicos sobre un colectivo. Pues bien, exceptuando las visitas esporádicas de amigos y familiares, el barrio no es frecuentado por otras personas de la localidad. “*No cae de paso y tiene muy mala fama*”, alegan los vecinos como los dos factores que explican esta ausencia. Algunos de los habitantes de Los Potros se quejan de que sufren la estigmatización de los vecinos que viven a su alrededor, mientras lamentan que no aparecen por los barrios colindantes porque se sienten discriminados. En ocasiones, cuando se relacionan con otros residentes de Dos Hermanas, los vecinos de Los Potros nos han revelado que omiten mencionar su lugar de residencia, para que –dicen– “*no te miren mal, como a un bicho raro*”. Otros aseguran que no les gusta hablar de su barrio cuando les preguntan por él “*pues siempre preguntan por lo malo, que si se caen los pisos, que si se ha encontrado allí una moto que han robado ayer y cosas de ésas*”. La poca afluencia a Los

Potros de personas residentes en otros barrios, así como la escasa información que la sociedad local tiene del barrio, potencia el estado de desconocimiento y extrañeza que provoca el vecindario de Los Potros, antesala del estigma y el rechazo que sufren.

Esta imagen profundamente estigmatizadora, a veces dramática y catastrófica y siempre distorsionada, que nació y se desarrolló desde los mismos orígenes del barrio durante los años 80, ha sido mantenida y aumentada durante los años 90 y principios de este siglo, a pesar de que las condiciones que la generaron han desaparecido en su mayoría. De esta manera, construida la percepción del barrio como una zona de delincuencia y drogadicción, de miseria y suciedad, de inhóspitos bloques agrietados donde se hacinaban chabolistas y maleantes, la opinión pública nazarena no dudaba en señalar a Los Potros como lugar donde supuestamente se desarrollaron hechos que en realidad nunca ocurrieron allí. Los vecinos de Los Potros han hecho de cabezas de turco por asesinatos, escándalos de prostitución y múltiples robos que nunca cometieron, a raíz de los enjuiciamientos posteriores. Algunos de ellos, como un homicidio en un pueblo cercano, fueron esclarecidos muchos años después. A pesar de que durante los años 90 la venta de droga se redujo a dos familias, a pesar de que mejorara el cuidado y la limpieza del barrio, a pesar de que su población aumentase considerablemente su bienestar económico y educativo, la imagen que la sociedad local tenía de Los Potros seguía anclada en los clichés que se generaron durante los primeros años de existencia del barrio. Superados estos problemas iniciales, los vecinos de Los Potros no se explicaban cómo podía tener el barrio tan mala fama, mientras ellos consideraban que era un buen lugar para vivir. En este contexto tuvimos la oportunidad de desarrollar junto con los propios vecinos un modelo de intervención que intentara atajar el estigma que seguía relegando a los vecinos de Los Potros a la exclusión y al ostracismo, a pesar de que gozaban de un nivel socioeconómico satisfactorio, según su propio parecer.

DOS AÑOS DE INTERVENCIÓN: LA DECONSTRUCCIÓN DEL ESTIGMA

Una vez detectadas las razones que nos permitían comprender cómo se habían generado dos discursos antagónicos sobre el barrio, uno externo y estigmatizador, el otro interno y normalizador, propusimos junto con los vecinos un modelo de intervención para deconstruir el estigma. En los últimos dos años, después de nuestro estudio inicial, se han llevado a cabo distintas acciones, que nos permiten comprobar hoy un incipiente cambio de imagen en el barrio. La Administración local ha rectificado la intervención clásica dirigida a barrios marginales y se ha volcado en la zona con políticas de intervención que focalizan su atención sobre aquellos aspectos que propician la imagen estigmatizante. En dos años se ha pavimentado todo el barrio, dotándolo de jardines verdes que son debidamente mantenidos a través de personal contratado del propio barrio. La erección en la plaza de Los Potros de unas modernas instalaciones con despachos, salas de reuniones y juegos ha permitido la reubicación de la asociación de vecinos del barrio, y lo que es más importante, la entrada en el mismo edificio de otras aso-

ciaciones de vecinos de barrios colindantes. El edificio en cuestión, dotado de biblioteca, bar y múltiples salas permite desarrollar un sinfín de actividades, como las propias de una escuela-taller, ludotecas para niños o cursos de informática. La amplitud y modernidad del edificio ha atraído a otras asociaciones de vecinos de los barrios colindantes, que han establecido allí su sede en despachos distintos pero colindantes. La organización de eventos y cursos dirigidos no sólo a los vecinos de Los Potros, sino a los de los barrios colindantes, que conforman núcleos residenciales de clase media, está empezando a quebrar el aislamiento físico y social al que estaban confinadas las gentes de Los Potros.

La mejora urbanística de todo el barrio, incluyendo las zonas verdes y los aparcamientos, el rigor en el mantenimiento del mismo, la construcción de un edificio en donde se empiezan a dar cita vecinos de distintos barrios, la organización de actividades y cursos tendentes a la formación y al ocio que se llevan a cabo físicamente en Los Potros, pero en los que participan gentes de distintos lugares de la ciudad, están posibilitando una creciente interacción de los vecinos de Los Potros con el resto de habitantes de Dos Hermanas. Por otra parte, la publicación de un libro en el que quedaba reflejada la situación socioeconómica real del barrio, así como la estigmatización injustificada a la que se sometía a sus vecinos, ha servido para dar a conocer a la sociedad local la realidad cotidiana del barrio, así como para que los distintos agentes de la Administración conozcan a fondo las problemáticas y no recreen con clásicas medidas de intervención social el mismo estigma que quieren combatir. Próximamente se publicarán además dos artículos en la revista local de Feria, que permitirán, creemos, que los habitantes de Dos Hermanas sigan conociendo a sus vecinos de Los Potros. Sin embargo, quizá lo más importante ha sido el cambio en la percepción de los propios habitantes del barrio, que han pasado de considerarse “gente normal y trabajadora” y luchar por su integración en la sociedad local, a desarrollar cierto orgullo y sentimiento de identificación colectivo, por las reformas conseguidas y por el cambio de trato e imagen que empiezan a experimentar.

Efectivamente en solo dos años podemos percibir un cambio incipiente en la imagen que tiene la sociedad local de Los Potros. A pesar de que sigan viviendo los mismos vecinos que hace dos años, éstos ya no son siempre estigmatizados como “delincuentes”, “marginales” y “problemáticos”, y poco a poco, van siendo etiquetados como “trabajadores que están sacando el barrio adelante”, como se nos ha dicho en nuestra última entrevista por un vecino de Dos Hermanas de un barrio céntrico que hasta hace sólo dos años proponía derrumbar los edificios de Los Potros “y que se los llevaran a todos a Marruecos”. Los medios de comunicación se han hecho eco de las mejoras del barrio y empiezan a publicar noticias de Los Potros relacionadas con los actos culturales que allí se celebran, como la cruz de mayo o la celebración del día de Andalucía. Dotado ahora de unas dignas infraestructuras, con jardines donde sentarse y cursos y actividades culturales en las que participar, el barrio se ha hecho más atractivo para los nazarenos, que empiezan a olvidarse de las escombreras y la suciedad acumulada. Las intervenciones dirigidas precisamente sobre las causas del estigma están dando unos frutos más que alentadores. La creciente interacción entre los distintos barrios, el incipiente conocimiento mutuo, la imagen que ahora proyectan técni-

cos, medios de comunicación, vecinos de barrios colindantes y los propios vecinos de Los Potros, son todos factores que están invirtiendo el proceso de estigmatización. Acciones tan cotidianas para nosotros como llamar a un taxi o a un restaurante de comida a domicilio, eran hace dos años insalvables por cuanto éstos se negaban a acudir al barrio, a pesar de que desde hace años la delincuencia y la venta de droga pertenecían al pasado oscuro de los años 80. Hoy, el cambio en la percepción de los nazarenos sobre Los Potros está abriendo estas y otras posibilidades, como la de conseguir un empleo, iniciar relaciones de amistad o noviazgo, para lo que anteriormente era preciso omitir su lugar de residencia. Algunos de los que hace dos años maldecían al barrio y sus gentes, comienzan a mostrarse hoy mucho más tolerantes: “Yo creo que no son la misma gente que vive ahí, porque los de antes la gente decía que eran todos chorizos y ladrones, y ahora yo he ido allí este año por primera vez en mi vida y la gente es de lo más normal, el barrio está muy bien... vamos que está mejor que el mío”. Testimonios como éste, recuperados de nuestra última entrevista, nos alientan a seguir trabajando en el estudio y la deconstrucción de los estigmas. Naturalmente que la mayoría de las personas que ahora aceptan al barrio en cuestión y empiezan a abandonar los clichés esencialistas sobre la marginación y la exclusión no son capaces de interiorizar que estos estereotipos estaban fundados en un proceso de estigmatización labrado durante dos décadas sobre algunas circunstancias que hacía tiempo habían desaparecido. Así, a pesar de que en los dos últimos años la población no ha variado sustancialmente, es frecuente la opinión en Dos Hermanas de que a raíz de las últimas intervenciones se han instalado allí “gente normal”, lo que explicaría que ahora no se hable ya de una población “marginal”.

LEER LA REALIDAD, COMPRENDER LAS LECTURAS, DECONSTRUIR EL ESTIGMA

A raíz de experiencias como ésta¹, antropólogos como Esteban Ruíz Ballesteros (2001) y el que firma estas líneas, proponemos el estudio y la deconstrucción del estigma como actuación prioritaria para la integración de la población considerada marginal. El estigma, como interpretación o lectura negativa de las condiciones pasadas, presentes y futuras de un determinado colectivo, arranca de estas mismas condiciones pero no puede ser asimilado a ellas, sino que instaura un proceso de producción de significados, que tiene como medio expresivo el discurso. Los discursos, considerados más allá de lo lingüístico como hecho social, son múltiples puesto que la lectura, la interpretación que los individuos

1. Estamos en deuda con los miembros del grupo de investigación GISAP de Sevilla, formado por Javier Escalera Reyes, Esteban Ruíz Ballesteros, Macarena Hernández Ramírez, José M^a Valcuende del Río, Rafael Cáceres Feria, Pedro A. Cantero Martín, Reyes G^a del Villar Balón, Antonio Luis Díaz Aguilar, Agustín Coca Pérez, Ángel del Río Sánchez, Guadalupe Cordero Martín, Valentín González, Ana Gómez y José M^a Morán, con los que hemos debatido sobre las cuestiones que trata este artículo. Algunas de estas reflexiones se llevaron a cabo en el transcurso de la investigación mencionada, cuyos frutos pueden consultarse en Ruíz Ballesteros (2001). Ésta, como cualquier otra investigación, no hubiera sido posible tampoco sin el calor de Ana Corpas, Anita.

hacen de la realidad, es múltiple. Sin embargo, lo que distingue al colectivo estigmatizado es su representación discursiva global como grupo *desviado*. Y es esta identificación colectiva la que impregna todas las acciones del grupo estigmatizado, así como la de los individuos que censuran y deslegitiman al grupo desde la *normalidad*.

A través del discurso los propios residentes en la zona estigmatizada, así como los individuos externos, *ven a través de él* la realidad, construyen socialmente ese mundo y le asignan significados devaluadores. Por ello creemos que es necesario acercarse al análisis del estigma –siguiendo a otros antropólogos y sociólogos como Becker o Goffman– desde la perspectiva no sólo de las condiciones sociales, económicas, culturales, políticas, históricas, demográficas e infraestructurales del grupo estigmatizado –en donde los estudios convencionales sobre zonas marginales ponen toda su atención– sino también de la articulación y la interacción social de los habitantes de estas zonas con los individuos de la sociedad local en la que se insertan para cotejar y comprender las construcciones discursivas que ambos colectivos desarrollan en esta interacción. Sólo así, estimamos, seremos capaces de descubrir los factores explicativos que nos hagan inteligibles los procesos de estigmatización, y en última instancia, nos den instrumentos para proponer los modelos de intervención y acción dirigidos a solventar dicha problemática social. Si en una realidad sociocultural determinada –el barrio de Los Potros y su contexto municipal– coexisten varias *lecturas* sobre esa realidad, la labor de quien quiere conocer cómo se construye un estigma, se concreta en la traducción de las distintas interpretaciones, para poder intervenir sobre aquellas que resultan paralizantes y desintegradoras. El análisis de la realidad social entendida como *texto* que se lee desde distintas ópticas, nos permite a los antropólogos que seguimos a Geertz (1997), estudiar los procesos de identificaciones colectivas atendiendo no sólo a las condiciones socioeconómicas del colectivo, sino al conjunto de factores que inciden en la construcción de las etiquetas y las identidades. Una población, como la de Los Potros, con pocos recursos socioeconómicos estará sin duda en una situación de desventaja para su total integración en el marco local en que se inserte. Pero sus carencias económicas y culturales no explican el estigma *per se*, de una manera automática. De hecho, existen otros grupos en Dos Hermanas y otras ciudades con similares rentas per cápita, con idénticos niveles de paro, e incluso con menor capacitación sociolaboral, que no se sienten estigmatizados, que no sufren este rechazo. La deficiente integración en el sistema productivo y laboral es tan solo un factor que incide negativamente en la percepción que el resto de la población de Dos Hermanas tiene de este colectivo, pero estas condiciones no determinan su *situación en el mundo (Sitz im Leben)*, sino que coexisten con una multiplicidad de factores que son rastreables en los discursos, en las interpretaciones de las gentes, en los procesos de identificación y producción de significados. Por eso la investigación antropológica sobre y en barrios estigmatizados no puede sino tener en cuenta estos procesos para poder deconstruirlos, como paso previo o colateral a una intervención integral.

El estudio de los procesos de estigmatización y la consiguiente elaboración de un modelo de intervención que priorice la deconstrucción del estigma en un

barrio considerado marginal, es, creemos, una propuesta no demasiado habitual dentro de las investigaciones socioantropológicas en nuestro país, pero no surge tampoco *ex novo*. Los grupos marginales han constituido desde los años 70 tal vez uno de los objetos de estudio preferentes de la antropología urbana. Desde las investigaciones de comunidades urbanas de la llamada Escuela de Chicago, pasando por la *cultura de la pobreza* de Oscar Lewis, las *asincronías* fruto de la anomia y la desintegración de G. Germani, las teorías que radican la marginalidad en factores sociales –Park, Dickie-Clark, etc.–, las que derivan la exclusión de la lógica de funcionamiento del modo de producción capitalista –Stavenhagen, Parks, etc.–, las que se centran en el análisis del sistema normativo –Parsons, Linton, etc.–, las que explican el *polo marginal* por la ausencia de canales de comunicación propios –Nun, Quijano, etc.–, hasta las más recientes aportaciones de aquellos que hablan de *retóricas de la marginación* –Oriol Romaní–, los antropólogos nos hemos ocupado de distintos fenómenos asociados a sectores considerados marginales. En nuestro contexto, la marginalidad social cristalizó como temática antropológica en los primeros años de la década de los setenta. Como ha constatado Joan Prat, si en un principio fueron las etnias marginadas de signo ruralizante los principales objetos de estudio, paulatinamente la antropología se ha ocupado, tras la obra de Teresa San Román sobre los gitanos, de formas de marginación urbana como las minorías étnicas, los inmigrantes, o las llamadas *subculturas de alto riesgo* (drogodependientes, población carcelaria, *guetos* de homosexuales, etc.). Autores como Cátedra, Molina, Pujadas, Feixa, Comelles, Grande, Romaní, Comas, Gamella, Allué, han abordado la marginalidad social desde diversos paradigmas y focalizaciones, si bien la mayoría no se centra sustancialmente en el estudio de los procesos de estigmatización, sino que los tratan como una consecuencia de la situación periférica de estos grupos.

Los estudios sociológicos y antropológicos más influyentes sobre los procesos de estigmatización han sido llevados a cabo fundamentalmente por los denominados *teóricos de la reacción social*: G. H. Mead, Lemert, Becker, Cicourel, Matza, y en especial Goffman. En nuestro país, el estudio del estigma está indisolublemente asociado a Joan Prat, desde su obra *El Estigma del Extraño* (1997). Explícitamente Prat se basa, para su estudio sobre la construcción social devaluada de diversos grupos religiosos, en algunos sociólogos y antropólogos que, dentro de la *Escuela de Interaccionismo Simbólico Norteamericano*, han formulado la denominada *Teoría de la Reacción Social o de Etiquetaje (labeling)*. Científicos Sociales como Erving Goffman, autor de obras clave para la Sociología contemporánea como *Frame Analysis* (1974) y *Estigma* (1989), han descrito cómo se configuran los procesos de identificación que conducen al estigma como “aquella situación en que el individuo es inhabilitado para una plena aceptación social”. Los estudiosos del estigma formularon sus hipótesis sociológicas y antropológicas sobre la base de los estudios clínicos y psicológicos de autores como K. Lewin, F. Heider o T. Dembo, pero desbordaron el carácter individualista de éstos, para adentrarse en el estudio del estigma como fenómeno socio-cultural. La novedad de las hipótesis socioantropológicas radica en abordar el estigma “no tanto como un conjunto de individuos concretos separables en dos grupos, los estigmatizados y los normales, sino como un penetrante proceso

social de dos roles”, como nos dice Goffman (1989). Los “normales” y los “desviados”, para estos autores, no son sólo personas, colectivos, sino más bien perspectivas objetivadas en categorías discursivas (“marginales”, “excluidos”, etc.) que transmiten y construyen a su vez la mirada social del conjunto de la sociedad sobre dichos colectivos, marcándoles con una identidad devaluada que impregna todos los ámbitos de su cotidianeidad.

Las posibilidades de la observación participante y las técnicas de investigación cualitativa de la antropología social pueden hacernos comprender los procesos de identificación a través de los cuales los agentes externos y los propios actores estigmatizados interpretan una realidad y actúan en consecuencia. La mirada social sobre estos colectivos puede construir una identidad que produce el doble efecto como aprehensión de la realidad social objetiva y como producción continua de esa realidad reificada. Pero las consecuencias de la estigmatización van más allá de la construcción de una imagen negativa, influyendo de manera sustancial en las acciones, actitudes y valores, tanto de los propios sujetos estigmatizados, como del resto de la sociedad. De esta manera el estigma es corresponsable en algunos casos de la imposibilidad de desarrollo e integración de estos colectivos. Por ello un modelo de intervención integral, necesariamente ha de priorizar en estos contextos la deconstrucción del estigma.

¿Cómo? En primer lugar conociendo las razones de la construcción y consolidación del estigma en diferentes contextos, analizando los distintos procesos de identificación o rechazo con respecto a ese estigma, sus estrategias y mecanismos sociales, así como los resultados empíricos de los mismos. Una vez comprendida diacrónicamente la construcción del estigma, el modelo de intervención –elaborado siempre en conjunción con los interventores públicos y privados, los vecinos del barrio y cuantos agentes estén interesados en el proceso– debe priorizar la deconstrucción de ese estigma, entre cuyas medidas caben, siguiendo con nuestro estudio de caso, una mayor articulación del barrio en el contexto local, la potenciación de las interrelaciones entre estos vecinos y el resto de habitantes del pueblo, hasta campañas de información que deconstruyan la imagen negativa que sufre la zona en cuestión. En definitiva se trata de formular modelos de intervención social que no sólo tengan en cuenta dichos procesos de estigmatización, sino que los traten como una prioridad. Para ello es indispensable la participación de la sociedad civil, tanto del barrio como del resto de la ciudadanía, pues ellos son los constructores finales de las imágenes de cada lugar. La labor de la Administración radica aquí en propiciar el encuentro entre los distintos lectores de la realidad –para seguir con la metáfora del texto–, con el objeto de que puedan comprender sus visiones a medida que interactúan y modifican los estereotipos.

La experiencia de Los Potros desmitifica uno de los tópicos más arraigados entre los profesionales de la intervención social: aquel según el cual las imágenes despectivas y estigmatizadoras de espacios y grupos no pueden ser modificadas sino después de muchísimo tiempo y una intervención a largo plazo. El caso de este barrio que el conjunto de la sociedad local de Dos Hermanas empieza a calificar sólo dos años después como “trabajador”, “popular”, “normal”, nos

demuestra que es posible focalizar la intervención no sólo sobre las carencias infraestructurales de las zonas deprimidas, sino, sobre las causas que provocan estos tópicos e incluso directamente sobre el imaginario colectivo de las gentes que estigmatizan estos espacios. Para ello han sido eficaces intervenciones infraestructurales, como la construcción de un espacio de interacción para actos culturales, de ocio y de formación entre los miembros de distintas asociaciones de vecinos, pero también medidas de información y acercamiento cognoscitivo de la realidad del barrio al resto de ciudadanos de Dos Hermanas, a través de la publicación de artículos y libros, charlas a los medios de comunicación para sensibilizarles de su vital papel, etc. El caso de Los Potros nos demuestra que en ocasiones la propia Administración reproduce estos estigmas con sus intervenciones asistencialistas, y que una deconstrucción del estigma ha de empezar porque los interventores –agentes públicos y privados– tengan un conocimiento real de las condiciones socioeconómicas del barrio y comprendan cómo se ha construido el estigma a través de los años, pues sólo entonces podrán llevar a cabo acciones que hagan hincapié en las causas de esta imagen paralizante. La labor del antropólogo radica aquí en destapar los anclajes de la *lectura* estigmatizante que se realiza desde la normalidad sobre un espacio concreto, para proponer formas imaginativas de cambiar esta relación entre etiquetadores y etiquetados, de tal manera que el intercambio y mutuo acercamiento –no sólo físico, sino también mental, cognoscitivo– permita *leer* la realidad atendiendo a su argumento, actores y escenas reales, lejos del drama estereotipado y tópico del mundo de la marginación.

BIBLIOGRAFÍA

- JULIANO, Dolores. *Integración y marginación en la cultura popular catalana*. Departamento de Antropología Cultural, Barcelona: Universidad de Barcelona, 1981.
- GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Gedisa editorial: Barcelona, 1997.
- GOFFMAN, Erving. *Frame Analysis, An essay on the Organization of Experience*. Northeastern University Press: Boston, 1974.
- *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1989.
- PRAT, Joan. *El estigma del extraño*. Barcelona: Ariel, 1997.
- RUIZ BALLESTEROS, Esteban (coord.). *Espacio y Estigma en la Corona Metropolitana de Sevilla*. Diputación de Sevilla y Universidad Pablo de Olavide: Sevilla, 2001.